





# UNA MUERTE CLÁSICA



Guiomar Patiño

# UNA MUERTE CLÁSICA



Primera edición: septiembre 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Guiomar Patiño

ISBN: 978-84-18828-78-2

ISBN digital: 978-84-18828-79-9

Depósito legal: M-26050-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para ti, José Luis, porque tú sembraste la  
semillita que ha dado este fruto.*



La vida de una mujer colérica no es apreciada por nadie... o tal vez sí o simplemente no se trate de aprecio, sino de justicia y de la firme creencia de que una vida vale tanto como otra.

GUIOMAR PATIÑO

El orgullo engendra al tirano. El orgullo, cuando inútilmente ha llegado a acumular imprudencias y excesos, remontándose sobre el más alto pináculo, se precipita en un abismo de males, del que no hay posibilidad de salir.

SÓCRATES, 470-399 A. C., ATENAS



## Prólogo

Me gusta y me disgusta prologar esta novela. Me gusta porque me gusta ella; me disgusta porque la cercanía con la autora, mi esposa, tal vez me haga acceder a las páginas con más benevolencia de la debida. Intentaré que eso no ocurra.

Una muerte clásica ni es muerte ni es clásica.

Es una novela muy viva, muy llena de novedad y alegría que toma como hilo argumental un deceso.

No es clásica, porque no sigue un patrón específico:

Es original en su planteamiento, casi teatral, e inteligente en su desarrollo y final.

La autora se mueve muy bien en las distancias cortas, creando un ambiente amueblado, sobre todo, con los detalles y matices de una relación equívoca, que muestra un despreocupado regocijo en superficie pero que incita a escarbar e investigar. Los personajes se esbozan ofreciendo puntas de iceberg que, como digo, tienen calado bajo la capa brillante que nos ofrecen.

El desarrollo de la investigación es ocurrente, sorprendente, como lo es también el lugar donde se lleva a cabo,

por un azar del destino o por un deseo de los protagonistas.

Hay también sentido del humor en la historia. Mucho.

Con Gloria y Andrés pasaremos unos ratos estupendos en la incoativa relación que aunque no parezca clara, sí que tiene algo de clásica, y no quiero decir habitual.

Enhorabuena, pues, a la autora por el relato y mi confianza en que será del agrado de los lectores que hayan llegado hasta aquí.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GARCÍA

# Capítulo 1

## Necesito ayuda

Hay un suave y alegre bullicio de pájaros en su cabeza. El sonido le hace esperar durante un segundo el agradable calorcillo de un amanecer primaveral y únicamente echa de menos el rumor de la brisa en las ramas más altas.

Pero es solo un segundo, al siguiente, su cerebro, ya suficientemente despierto, le anuncia sin piedad que es el despertador lo que está oyendo y que no es primavera, sino invierno y, por lo tanto, no entra claridad por la ventana, sino la oscuridad de las siete de la mañana. Puestas así las cosas, es mejor no oír el viento. Eso, al menos, augura un día sin perturbaciones atmosféricas.

El hombre no tiene más remedio que rendirse a las evidencias y poco a poco, quizá fuese mejor de golpe, piensa, se levanta de su muy calentita cama para enfrentarse al gélido día.

El trayecto hasta el cuarto de baño y las abluciones propias de su educación e higiene, terminan de despertarlo del todo y ahora empieza a necesitar con urgencia un café al punto de cauterización de la garganta para ser persona del todo, así que encamina sus ya más firmes pasos hacia la cocina. Pero su felicidad casi al alcance de la mano se ve truncada, de golpe, por el estridente sonido del teléfono.

—Pero, ¿quién... llama a estas horas?, ¡como sea publicidad! ¿Diga?

—Buenos días, Andrés, ¿te he despertado?

El cerebro, aún sin su café, termina de encajar los engranajes y eso le permite a Andrés identificar la voz que le hace tan absurda pregunta. ¡Claro que me has despertado! ¡si no son ni las ocho!, pero se calla y hace uso de su buena educación.

—No, ya estaba en pie. ¿Qué pasa Gloria? No creo que ésta sea una llamada de cortesía.

—Lo siento, no tiene espera. Yo todavía no me he acostado. Necesito tu ayuda. Nos ha surgido un problema, pero no doy más de mí. He estado toda la noche de guardia y de paseos y necesito irme a la cama, sin embargo antes tengo que quedar contigo. ¿Cuándo te va bien?

—¿Esta tarde?

—A más tardar.

—Vale, salgo del instituto a la una y media. A las dos estoy en casa. Dame media hora para comer y soy tuyo.

—Ya querrías tú ser mío. ¿Tienes la comida hecha?

Da igual. Vente directamente a mi casa y yo te doy de comer. Esto es muy poco profesional, pero es que nuestra relación, de nuevo, no es convencional, no puede serlo. ¿Me entiendes?

—A la *preferción* que soy de clásicas. ¿Tan grave es?

—Es un asunto feo y, en cierto modo, te afecta de refilón. Por eso quiero tu análisis. Ha aparecido muerta una profesora de instituto.

—¡Leches! ¿La conozco? Desde luego, tú sí sabes ser delicada dando noticias.

—No creo que la conozcas, al menos no hay razón para ello y ¿qué querías, que te lo escribiera en papel de seda? Pero ya te daré detalles, que se te va a hacer tarde y yo estoy empezando a entrar en estado de catatonia absoluta. Hasta luego.

—Vale, hasta luego.

Andrés corta la comunicación al tiempo que mira el reloj y comprueba que, efectivamente, le queda el tiempo justo para su hirviente desayuno y no puede alejar su mente de la muerte que acaban de comunicarle... bueno, eso y de que catatonia es el tono hacia abajo.



## Capítulo 2

### Ayuda en curso

La mañana en el instituto transcurre con la normalidad y el frenesí propio de cada día. Todavía no se sabe nada del suceso, así que Andrés se guarda muy mucho de comentar nada, aunque no para de pensar de quién se tratará y por qué ha dicho Gloria que le toca de refilón.

Sumido en sus pensamientos, más o menos académicos, va pasando por las obligaciones del día: una clase con un cuarto más que hablador; niños jugando con el móvil en lugar de conectarse a la plataforma digital; las de refuerzo de primero que se declaran, como cada mañana, objetoras de lectura y, cuando por fin cree que ha de llegar un poco de reposo a su atormentada alma de profesor de Griego, un alumno de segundo de bachillerato le da la puntilla:

—Maestro —ya lo de “maestro” es hasta bien acogido— una pregunta.

—Dime, Alejandro, pero todavía no he terminado con el participio medio, si me dejas terminar lo mismo te soluciono la duda a ti y, de paso, a los demás.

—No, si no es eso. Digo yo que si usted y el profesor de latín se liaran a hostias —¡dijo la palabra!— que quién ganaría.

Andrés se le queda mirando y con la profesionalidad de más de quince años de servicio, aguanta sin que se le desborde el genio por la boca, por más que ya empieza a salir:

—Buena pregunta, Alejandro. Creo que merece una reflexión más detallada, así que para mañana me traéis pensado lo que podría pasar y lo comentamos.

El timbre, por una vez oportuno, evita una lamentable explosión de desesperación, pues los alumnos, cual chismes informáticos a los que se les ha cortado la conexión, dejan a todos con la palabra en la boca, se levantan y se dirigen al pasillo. Ninguno tiene que recoger, ¿qué iban a recoger? Hace siglos que lo tenían todo guardado.

Salir de un centro escolar siempre tiene sus dificultades, por más que uno sea profesor y esté autorizado a ello. El torrente humano por las escaleras amenaza seriamente tu integridad física, cuando no tu vida, y los intentos desesperados, a pesar de lo infructuoso de la repetición diaria, por que alguien les abra la puerta pueden ir desde el lamento de perro faldero hasta la agresividad de un mastín, pero siempre son caninos.

Con la experiencia que da la vida, Andrés se camufla entre la multitud, hace espera en la conserjería hasta que

ve salir a un responsable que diluye la masa de pedigüeños y suplicantes y, haciendo ojos ciegos a los que corren para saltar la valla por el rincón de siempre, se calza contento su casco y abandona el entorno escolar con un no sé qué de alivio en el alma: *beatus ille...*

Llegando ya a casa, y tal vez despistado por efecto de la euforia causada por la certeza absoluta de que al día siguiente es sábado, Andrés recuerda de golpe su cita con Gloria, y más de golpe recuerda el genio que se puede gastar la señora policía si, por cualquier eventualidad que no sea la muerte súbita de un familiar cercano, uno se olvida de una cita con ella cuando ella es la que cocina. Por otra parte, la cocina de la funcionaria no está nada mal, no señor, y, por supuesto, mucho mejor que su «potaje-con-sobras-de-toda-la-semana» que constituye su menú invariable los viernes.

Así que, dicho y hecho, tras la segunda vuelta completa a la rotonda consigue, por fin, centrar sus pasos, más bien las ruedas de su moto, hacia la casa de su amiga y aparcar su Rocinante en la propia plaza de aparcamiento de Gloria, bien pegadita al monovolumen todoterreno de ella, que para qué querrá un coche tan grande. Pero nadie le va a poner una multa, ¡ventajas de ser policía!

El recibimiento de ella es cordial. Siempre da gusto ver sus ojos azules cuando está contenta y, a pesar de que una leve sombra bajo ellos denuncia su falta de sueño, su sonrisa es sincera al abrirle la puerta. El aroma que llega desde la cocina tiene para Andrés el efecto de la campañilla en los perros de Pavlov.

—¿Qué ha pasado? Me has tenido en ascuas toda la mañana.

—Piano, piano, muchachito. *Primum esse, deinde philosophare*<sup>1</sup>, que dijo el sabio. Yo también me alegro de verte, ¿qué tal tu familia? ¿Y tu trabajo? Y esas cosas que se dicen cuando uno lleva sin ver al otro un tiempo.

—Vale, vale, llevas razón. La verdad es que huele que alimenta. ¿Has estado cocinando? ¿Tú no estabas reventada y tenías que dormir?

El piso de Gloria, aunque bien situado, es pequeño «¿para qué quiero yo más?», suele decir ella, «cuanto más grande, más hay que barren» y Andrés de un vistazo podría reconstruir a la perfección las actividades de su amiga desde que hablaron esa misma mañana.

La puerta de entrada da directamente al salón y habitación para todo. Sobre la mesa del ordenador puede ver carpetas abiertas de las que se escapan fotografías que augura espeluznantes; la cartuchera de la policía está colgada en la silla de trabajo, pero de la pistola no hay ni rastro. Él sabe que, por cansada que ella esté, la pistola siempre duerme en su cama en cuanto ella llega a casa.

Un poco a la izquierda se abre la puerta del dormitorio principal, el uno de dos, y, aunque está entornada, él alcanza a ver ropa sobre la cama y la colcha arrugada: así que Gloria se despertó tarde y no ha arreglado su habitación. El salón sí está limpio y ordenado, está claro que

---

1 Juego de palabras, ¿primero ser, luego filosofar o primero comer, luego filosofar?

ella dedicó su tiempo a preparar la visita más que a recuperar su orden habitual. Conociéndola, el hecho de que su cama esté sin hacer es signo evidente de su zozobra: ha estado trabajando sin hacer la cama, eso solo ocurre en los momentos más graves.

—Lo siento —la voz de ella lo saca de sus elucubraciones— pero no he tenido mucho tiempo para la cocina. He hecho lo que he podido con lo que me he encontrado al abrir la nevera.

—¿Y ese nada es...?

—Conejo estofado con mucha cebolla y patatas fritas.

—¡Y dice que no es nada!

—Si lo ha hecho mi olla mágica y las patatas son congeladas de Mercadona.

—Lo que tú digas, pero está de impresión.

Entre observaciones y conversaciones los amigos están ya a la mesa y Andrés ha iniciado con avidez la comida. Ella sonríe satisfecha. Siempre es un gusto ver a otro disfrutar con lo tuyo, además, si a Lupita le gustaba planchar, a Gloria le gusta cocinar. Cada uno lo suyo.

Comida despachada, mesa recogida, suelo barrido y café sobre la mesa mientras el lavavajillas hace su trabajo.

—Ahora dime, ¿qué ha pasado? No he oído nada.

—Es que estamos procurando que trascienda lo más tarde posible. Trascender, va a trascender, pero intentamos localizar primero a la familia...

—Y pillar desprevenido al que tengáis que pillar.

—Sí, eso también, pero sobre todo es la familia. No está siendo fácil dar con alguien.

Andrés sabe que, si ella lo dice, es porque es verdad. Gloria se toma muy en serio a las personas con las que trata. El hecho de que algunas estén muertas no es para ella más que un pequeño detalle a tener en cuenta.

Cuando ya están sentados alrededor de la mesa, Gloria va contando lo que se sabe: la tarde anterior, casi llegando a la noche, se recibió en la comisaría el aviso de que habían encontrado un cadáver en un instituto del centro de la ciudad.

—¿Cuál?

—Déjame terminar. Los detalles luego.

Cuando la policía se presentó en el lugar, ya estaba allí el equipo directivo en pleno e intentaban consolar a una mujer que, por el uniforme, debía pertenecer al grupo de limpiadoras, así que no fue muy difícil saber quién había hecho el hallazgo.

Lo que consiguieron averiguar esa noche no fue gracias a ella. La pobre estaba en tal estado que hubo que avisar al médico a fin de que le diera algo para que se relajara.

Al parecer ya había terminado casi con su trabajo de esta tarde, pero había dejado para el final el departamento de latín de la tercera planta porque había observado, cosa que no era infrecuente, que el picaporte cedía y eso quería decir que la profesora estaba dentro trabajando sola.

Como se cumplía su horario, decidió no esperar más y, después de llamar a la puerta, al ver que no obtenía respuesta y riéndose de sí misma porque pensaba que ha-

bía estado toda la tarde esquivando una puerta sin cerrar pero con nadie dentro, abrió y se dio de bruces con la escena.

Había papeles por el suelo y sobre las mesas, pero como la ventana estaba abierta, no se podía afirmar ni negar que fuera desorden natural o artificial. Lo que sí era del todo artificial era la postura de la profesora en cuestión.

Estaba sentada en su sillón tras su mesa y acostada de bruces sobre un montón de papeles, estos sí, escrupulosamente cuadrados entre sí.

Al principio la mujer pensó que se había quedado dormida, pero cuando no le contestó a su saludo, disculpas y explicaciones, entró en pánico, salió de allí más por instinto que sabiendo lo que hacía y, con la inestimable ayuda de sus compañeras, llamó al secretario del centro. ¿Por qué a él? Porque era el único número que, en medio de la histeria, podía recordar.

La llamada a la policía la había hecho este mismo hombre, desde su propio domicilio y antes de llamar a la directora y presentarse ambos en el centro.

Al ver que todo era como la pobre mujer había conseguido contar, los responsables del centro hicieron ronda comunicándose todo entre sí y, por esa razón, todo el equipo directivo estaba en el instituto intentando controlar la situación y controlar la información que salía de allí. Al fin y al cabo, no era muy apropiado que los alumnos y sus familias cenasen con la noticia de que se había muerto una profesora en un aula.

Porque era eso lo que todo el mundo creía: que la profesora había sufrido algún tipo de accidente de salud con tan fatal desenlace.

—¿Fatal desenlace? ¿De verdad dijo eso o te lo estás inventado? Vale, me callo. Sigue.

Ni un lametón al Perito Moreno habría sido más frío que la mirada de Gloria a la pregunta de Andrés, pero ni un comentario.

—¿Sigo?

—Sigue, sigue.

—Pues sigo.

Y siguió mientras le mostraba a Andrés las imágenes captadas en la escena y él, sin perder de vista la información que le estaba llegando, pensaba que lo que han avanzado las cosas. Antes tendrían que haber esperado a que se revelasen en papel y tendrían acceso a un número limitado. Ahora, estaban en la pantalla, había varias docenas y, si lo necesitaban, solo tenían que pulsar y ampliar.

Y, de pronto, interrumpe de nuevo:

—¿Llevaba gafas? ¿Dónde están?

Y Gloria, de nuevo irritada:

—Te lo iba a decir, pero te has adelantado. Sí llevaba gafas, pero solo de cerca. Lo cual hace pensar que debería llevarlas para corregir, que era lo que estaba haciendo a juzgar por los exámenes donde reposaba su cabeza. Pero, curiosamente, estaban sobre la mesa. Como si se las hubiera quitado un momento para descansar. Eso fue una de las cosas que le hizo pensar a la limpiadora que estaba

durmiendo. El bolígrafo rojo estaba debajo de su mano como si fuera a cogerlo o acabara de dejarlo.

—Normal, ¡cuando uno se envicia en poner rojo cuesta tanto separarse de él...! Me callo, me callo. Vale, ya me pongo serio. Con todo lo que me has dicho me voy haciendo una idea, pero me falta el detalle principal, ¿cuál es la causa de la muerte? Porque un accidente como suponían no, es evidente; si fuera así no estaríamos aquí.

—Bueno, para eso tendremos que esperar el informe del médico, porque evidente, evidente no había nada. En cualquier caso fue incruenta, porque sangre no se veía por ningún sitio.

—A lo mejor murió de aburrimiento. Te digo yo que corregir....

Esta vez la mirada fue acompañada de un auténtico «zarpazo» sobre la mesa que hizo tintinear las tazas y Andrés llegó a temer seriamente por su integridad física. Si no fuera porque conocía a Gloria....

—Si no te lo vas a tomar en serio, lo dejamos y ya está. No sé por qué te llamo. Es verdad que te das cuenta de cosas que a los demás suelen pasárseles, pero no soporto tu manía de reírte de todo. Aquí hay una persona que debería seguir viva y no lo está. Esa es la única verdad a tener en cuenta.

—De acuerdo, de acuerdo, mujer. Lo siento de veras. Me controlaré. Es mi forma de enfrentarme al horror, ya lo sabes. No hay falta de respeto en ello. Pero volvamos a empezar, y esta vez por el principio: ¿cómo se llamaba?, ¿cómo es que no lo sabe ya toda la comunidad educa-

tiva?, ¿qué les han dicho a los chicos?, ¿sigue abierto el centro?

Gloria le lanza una mirada de medio lado y, aunque no parece convencida del todo, retoma la conversación como si no hubiese pasado nada.

—Muchas preguntas son esas. Vamos una por una. Se llamaba —y no necesitó consultar sus notas para ello— Blasa Mínguez, tenía cincuenta y cinco años y era profesora de Latín en el instituto Pilar Pérez, aquí en la ciudad.

Andrés tiene que hacer un sobre esfuerzo para no soltar una pullita sobre el nombre de la difunta, pero se calla. Lo que no está tan claro es que Gloria no lo haya notado, porque fija en él sus ojos en actitud desafiante y espera.

El hombre no puede menos que pensar que menos mal que la pistola está guardada, porque no tendría más miedo si ella, en lugar de con los ojos, le apuntara con su arma reglamentaria.

—El asunto se está llevando con la mayor discreción posible, al menos estas primeras horas. Después de muchas consultas por aquí y por allá, se llegó a la conclusión de que lo mejor era que la vida continuara con la mayor normalidad posible, o al menos, con la mayor apariencia de normalidad posible. Eso está siendo factible porque hoy es viernes y solo había que guardar las apariencias un día.

El centro ha clausurado el despacho, o apartamento o departamento o como se llame, y nos ha proporcionado

todas las llaves existentes. A los alumnos se les ha dicho que la profesora está enferma y que, salvo otra noticia, se incorporará el lunes. Y, según nos han dicho, esa aula la usa solo ella, así que nadie se va a dar cuenta de que está precintada por la policía.

Me parece más que evidente que a lo largo del fin de semana, las cosas se van a disparar. Alguien será su amigo y se preocupará por ella, o un familiar, o los que lo saben lo dirán en estricto secreto a alguien de su mayor intimidad, etc., etc., por eso estamos en esta especie de carrera contrarreloj y por eso te he pedido que vengas a echarme una mano.

—¿Sabías que Blas significa «malo» en griego? Sí, supongo que ya lo sabías. No sé si realmente había algo malo en esta pobre mujer o alguien malo a su alrededor, pero realmente algo muy malo le ha pasado.

En otros momentos la inspectora Gloria Gálvez lo habría clavado en el sitio con un comentario cortante, pero ahora se daba cuenta de que las pequeñas raíces de los arbolitos del cerebro de su amigo se estaban ajustando y poniendo en marcha y, como siempre, el juego con las palabras lo guiaba en este proceso.

La siguiente cuestión abordada fue la de la causa de la muerte, que realmente, como decía Andrés, era el *quid* de la cuestión.



## Capítulo 3

### Datos que no cuadran

Se estaba haciendo tarde. No eran más que las cinco o cinco y media, pero ya hacía rato que habían tenido que encender las luces de la habitación y, fuera, un calabobos hacía que la gente, los pocos y pobres desgraciados que se veían obligados a estar en la calle para que sus animalitos se «expansionaran», se encogiera de hombros o se cubriese con sus capuchas dándoles a todos un aspecto o de eternos ignorantes o de atracadores de banco.

Gloria se había acercado a la ventana con la idea de bajar la persiana. Nunca le había hecho mucha gracia pensar que alguien podría espiarla a su placer en cuanto las luces interiores se encendían. Le daba la impresión de ser una diana andante, y la verdad es que no había razón para ello, era una especie de instinto.

Andrés solía reírse de ella y le decía que era por su formación católica, que si fuera calvinista no tendría cortinas en las ventanas. Entonces ella le contestaba que

podría macetas como los holandeses y todo quedaba en tablas.

Se había quedado «enganchada» mirando la fina lluvia en los haces de luz de las farolas. Andrés se acercó por detrás y la sobresaltó al preguntarle:

—¿Tú no entras de servicio hoy? ¿A qué hora te tienes que ir?

—¡Qué susto, hombre! Pareces un gato. No, hoy libro. Anoche terminé esta mañana, ya lo sabes porque te llamé y ahora me corresponden unas horas de libranza. Libranza que otro cualquier utilizaría en irse al campo y descansar, pero que yo gastaré en intentar aclarar todo este lío. En el fondo es lo mismo: o lo hago ahora tranquilamente o lo tendré que hacer bajo más presión en cuanto vuelva el lunes.

—«Anoche terminé esta mañana», parece una traducción de cualquiera de mis alumnos. El idioma no te ha hecho nada, tampoco te cebas. El que se va a tener que ir soy yo. Está empezando a arreciar y esa bendita agua del cielo, cuando uno va en moto, es toda una maldición.

—¿Has venido en la moto? ¡Qué pregunta más tonta! Claro que has venido en la moto, ¿en qué otra cosa te mueves tú por la ciudad?

—Y también fuera de la ciudad, pero reconozco que tiene sus limitaciones. Y la del agua es una de ellas.

—¿Tienes algún plan urgentísimo en tu casa, o fuera de ella? Vamos que si tienes algo que hacer a corto plazo.

Gloria sabe que Andrés en lo social es muy parecido a ella misma y, por esa razón, intuye que no hay nada que

lo ate a su casa más que a cualquier otro lugar del planeta en una tarde como aquella, en la que llueve y tienen un asesinato que aclarar.

—Salvo corregir y preparar clases mi fin de semana se presenta de lo más apasionante.

—Entonces quédate. Vienes directamente del instituto, supongo que, en esa cartera tuya sin fondo ni forma, traerás exámenes y cosas por el estilo. Prometo dejarte trabajar a tu aire algún ratito, pero lo cierto es que me daría un enorme cargo de conciencia si, por haber venido hoy aquí, luego te coges una pulmonía triple del remoión al volver.

—Bueno, si va a ser para librarte de las terribles Erinis y teniendo en cuenta que los exámenes no van a echar a correr aunque yo no los sujete, ¡ojalá lo hicieran!, podría considerar tu oferta, siempre que me asegures que voy a poder dormir calentito y no de pie en tu ducha, porque, por no tener no tienes ni bañera donde echarse un sueñecito.

Un cojín lanzado desde el otro extremo de la habitación y estrellándose contra su cara fue toda la respuesta que obtuvo Andrés de su amiga. Ella ya había comenzado a preparar la mini-habitación de invitados para él. Acondicionamiento que consistía únicamente en hacer la cama. Lo demás estaba en perfecto estado de revista.

Andrés, entre tanto, se había acercado a la mesa donde tenían extendidos los documentos que habían estado estudiando y también el portátil de ella. Al mirar la pantalla, Andrés observó que un unito aparecía, casi desafian-

te, sobre el sobrecito de la barra de tareas que indicaba el correo.

—Tienes un e-mail.

—¡Por Dios, parece el título de una película! Debe ser la respuesta a la pregunta que nos estábamos haciendo. Dejé dicho que, en cuanto supieran algo del forense, aunque fuera totalmente preliminar, me lo comunicaran.

Andrés no puede menos que pensar que qué clase de vida lleva esta mujer, todavía joven, cuando no piensa que pueda recibir mensajes de amigos, familiares o simplemente publicidad y parece estar completamente segura de que su único interlocutor es un forense.

Ella ha vuelto del dormitorio y se sienta para abrir el correo. Cuando ha comprobado que, efectivamente, es lo que imaginaba, prepara todo para imprimirlo porque, aunque sea un despilfarro de papel, también es una inversión en la calidad de sus ojos, según le espeta a Andrés, antes de que él tenga, siquiera, la posibilidad de protestar.

Mientras se imprime el documento, bastante breve la verdad, su cabeza sigue sus derroteros acostumbrados:

—¿Qué cenamos?

—¿Cenar? Pero si son solo algo más de las seis de la tarde. Con el conejo de antes, yo no puedo pensar siquiera en comida... todavía.

—Ya, pero yo soy el ama de casa. Algo tengo que tener pensado. No se puede improvisar sobre la marcha comida para dos personas.

—Vale, tú no te preocupes. De la cena me ocupo yo.

¿De qué te gusta la pizza? Ahora mismo la encargo con Just Eat.

Gloria sonrío divertida y deja actuar a Andrés que, móvil de mano, ya está en plena preparación de la cena.

